Universidad, Humanismo y Cultura

Es de sobra conocido el intenso y acelerado proceso de depredación de la tierra que se ha llevado a cabo en los dos últimos siglos, como para que haya necesidad de entrar en demasiados detalles al respecto. Baste señalar que, de acuerdo con la opinión de los expertos, estamos viviendo la *sexta extinción* masiva de especies vivientes; tragedia de una magnitud comparable a la que llevó a la extinción de los dinosaurios, la cual –para que entendamos la dimensión de lo que estamos hablando–, es conocida como la *quinta extinción* masiva.

La diferencia radica en que todas las extinciones anteriores fueron el resultado de eventos geológicos catastróficos o del impacto de cometas o meteoros de grandes proporciones sobre el planeta. Resulta obvio que la desaparición de estas especies no se dio de la noche a la mañana, sino que fue el resultado de un proceso progresivo que pudo tardar años, siglos, milenios o, incluso, decenas o cientos de miles de años. De suerte que, bien pudieron presentarse sin que los afectados se dieran por enterados.

Otra cosa sucede con la sexta extinción, ya que es obra y gracia de la especie humana. Por primera vez en la tierra, una especie es responsable, no sólo del destino del planeta, sino de su posible destrucción, lo que llevó a algunos científicos a proponer, hace algunos años, un nuevo nombre para la época geológica que estamos viviendo: el Antropoceno. Aunque todavía se está lejos de alcanzar un consenso acerca del momento de inicio de esta nueva época, el nuevo término se ha venido imponiendo cada vez más en la bibliografía académica, con sobradas razones.

La pretensión de que el ser humano puede disponer a su antojo de los recursos del planeta, sin pensar en las consecuencias nefastas de sus acciones, recibe un fuerte aliento en la tradición occidental, del legado judeocristiano que aporta el conocido *creced y multiplicaos y poblad la tierra y someted a los seres que pueblan la tierra, el agua y el aire*. Precepto que se ha seguido casi al pie de la letra –con mayor o menor intensidad– por todas las generaciones humanas existentes hasta hoy en cualquier lugar del mundo, y que ha sido el fundamento del humanismo tradicional, caracterizado por el Antropocentrismo.

Es bien conocido el golpe propinado por Darwin al modelo antropocéntrico, como para insistir en ello. Lo cierto es que no estamos solos en el mundo: convivimos con otros humanos y con otros seres. Evolucionamos con ellos y nuestra suerte está atada a la de ellos. Además, como seres pensantes y concedores de la situación en la que nos encontramos, tenemos enormes responsabilidades con el mundo viviente y, sobre todo, con las generaciones futuras que nos sucederán, porque la tierra no nos pertenece: sólo la tenemos prestada.

Por todo lo anterior, como Universitarios debemos promover:

1. El uso responsable de los recursos naturales,
2. La realización de actividades de investigación y de denuncia de los abusos cometidos, y
3. La identificación de los causantes de daño, de modo que las responsabilidades no se diluyan en toda la población.

Alejandro Bustamante Fontecha

Margarita Cardona Zuleta